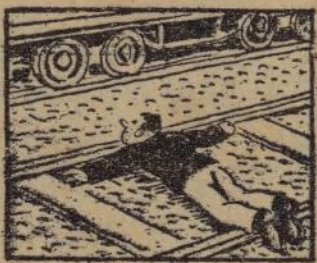
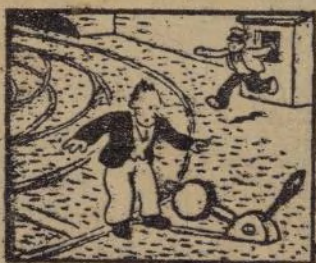


• EL SUICIDA AFORTUNADO •



Filomeno estaba desesperado. Dispuesto a suicidarse se tendió en la vía del tren; pero el tren pasó a su lado sin rozarle.



Entonces cambió la aguja, para que el próximo convoy lo triturase; pero el guarda-agujas le había visto.



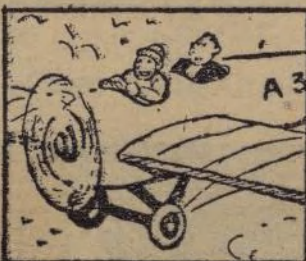
Huyendo del vigilante, se arrojó desde una tapia que se alzaba sobre un terrible precipicio.



¡Zas! ¡Pum! La caída fue trágica y el porrazo se adivinaba definitivo. ¡Filomeno se suicidaba de veras!



Pero el aviador Rascacielos, que pasaba por allí, notó que un bulto caía sobre él. ¡Era Filomeno el suicida!



Rascacielos recogió al desesperado y le ató en la cabina. Instantes después se disponía al aterrizaje.



Pero así que el avión tocó tierra, Filomeno salió escapado, sin que pudieran detenerle los espectadores.



Cuando se vió solo, se dispuso a poner en práctica su proyecto. ¡Ahora sí que se ahorcará!



Pero la piedra cayó sobre el caballo del multimillonario Roscón, que se había desbocado, y la cuerda le detuvo.



¡Gracias, amigo mío!—dijo Roscón—. Me habéis salvado de la muerte y podéis pedirme lo que sea.



Y Filomeno le pidió a su hija, que tenía de dote cinco millones, y la boda fue un derroche de lujo.



Filomeno ya no piensa en matarse. Su "suicidio" le ha valido todo lo que anhelaba, y Filomeno sonríe feliz.

CORRESPONDENCIA DE Jeromín

Concursos

Solución al concurso número 18.

Vamos a ver si lo hacemos bien de maquinistas por unos minutos. La locomotora doble "compound" nos espera. Subamos a ella. Ya tiene la presión debida.

Aflojamos los frenos, abrimos el regulador, y fua... fua... fua... la máquina comienza a andar hacia adelante. Cuando hemos pasado la aguja del desvío donde están los vagones, ¡alto! Cerrar el regulador y frenazo.

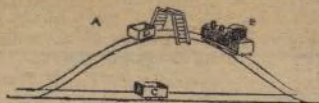
Abrimos la aguja para entrar en el desvío, y damos marcha atrás a la máquina. Llega la locomotora al vagón C, y lo empuja hasta dejarlo debajo del puente. Lo suelta luego, y la máquina, sola, vuelve a la vía principal, y entra de frente por el otro ramal del desvío, hasta coger por delante al vagón D. Lo engancha, lo empuja, y va con él hacia adelante a coger el vagón C, que está debajo del puente.

Con los dos vagones enganchados, como se ve en la figura primera, retrocede la máquina hasta la parte media de la

delantera del vagón C, sale a la vía principal, retrocede y entra por el ramal derecho del desvío, y deja el vagón C en el punto D.

El maquinista, satisfecho, da marcha atrás, y la máquina, majestuosa, fua... fua... vuelve a la vía principal, dispuesta a realizar cualquier otro trabajo que se le ordene, por difícil que sea.

¡Cuántos ingenieros de vías y obras van a surgir para las Compañías ferroviarias de en-



(Fig. 2.ª)

tre los lectores de JEROMÍN! ¡Qué ilusión, guiar una locomotora, manejar semejante mole de acero con tanta sencillez, y hacerla correr como el viento! ¡Hasta el imaginario causa placer a los pequeños! Así se explica que sean no menos de 737 los lectores que nos han enviado soluciones, todas ellas acertadas, aunque con ligeras variantes. Hemos tenido que sortear el premio, que ha correspondido al niño Francisco García Langelaan, de Madrid, a quien enviamos el regalo con nuestra enhorabuena.

Concurso número 20.

Cierto señor compró un terreno y edificó en él una magnífica casa de campo. Junto a ella, en una gran explanada, quiso plantar 24 árboles en forma original, y llamando a un jardinero le entregó los 24 árboles, encargándole que los plantase de manera que con ellos se formasen 28 filas de cuatro árboles cada una.

¿Pudo el jardinero complacer al señor? ¿Cómo lo logró?

Si vosotros, lectores de JEROMÍN, halláis la fórmula, demostraréis aventajado ingenio geométrico y mereceréis el premio que sortearémos entre los que nos envíen soluciones exactas.



(Fig. 1.ª)

vía general, y allí deja el vagón C. Entonces, la máquina vuelve a entrar por el desvío de la derecha con el vagón D por delante, hasta dejarlo debajo del puente. En este instante la situación es la que se representa en la figura segunda.

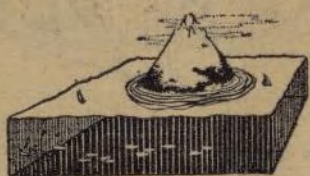
Vuelve luego la locomotora a la vía principal, coge por delante el vagón C, lo engancha, y con él entra en el ramal izquierdo del desvío, hasta coger al vagón D, que está debajo del puente. Lo engancha, lo trae hasta el punto A y allí lo deja.

Entonces la locomotora, llevando enganchado en su parte

Las soluciones a los concursos y las preguntas o respuestas de la sección de consultas podéis enviarnos sin carta ninguna, pegadas sobre un papel, en el que conste, sencillamente, vuestro nombre, edad y dirección. Así podréis remitirlo todo en un sobre abierto, FRANQUEADO CON DOS CENTIMOS.



EN SERIO Y EN BROMA



—El volumen total de las aguas del mar se calcula en 1.330 millones de kilómetros cúbicos, trece veces mayor que el volumen de la tierra que sobre sale del mar. En el dibujo se ve el volumen comparativo de las aguas y de la tierra firme, en el mundo.

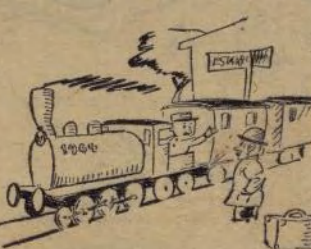


—¿Y dice usted que se tomó los papellillos?

—Sí, doctor; los papellillos se los tragó, aunque con trabajo. Ahora díganos qué hago con los polvos que venían dentro.



—Cuando un submarino se va a pique, sus tripulantes dejan si pueden—unas boyas luminosas por la noche y humeantes por el día, que llamen la atención de los navegantes e indiquen el sitio donde urgentemente habría que comenzar trabajos de salvamento.



—Oiga, maquinista. ¿Este es el tren de las quince y treinta?
—No, señor. Este es el de las tres y media.
—¿Caray, qué contrariedad! ¿Por qué estarán siempre cambiando la hora a los trenes?



—Las carabelas con que se

hicieron los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI eran barcos de 70 a 150 toneladas, y de las mejores condiciones maríneas para viajes largos y arriesgados. Las que descubrieron América llegaron a las Antillas en noventa y cinco días, recorrido que no es capaz de aventajar un buen velero moderno.



—¡Pero qué inteligente es mi perrito! Me escondo detrás del árbol y en seguida me ve.

El profesor.—¿Cuántas letras se emplean para escribir?

El alumno.—Todas las que se necesitan.

Juan J. Sánchez.



—En los teatros de Grecia y Roma había en primer término bellos sitials en mármol para aquellas personalidades que merecían lugar preferente en el espectáculo, como sacerdotes, sacerdotisas, magistrados, etc. Así se ve en estas ruinas del teatro de Dionisio en Atenas, y en medio el sitial del sacerdote de Dionisio Libertador.

Jeromín.—A que no sabes dónde hay más cal.

Don Severo.—...

Jeromín.—Pues en el mar, porque hay cal-a mares.

José Rois Guntín, 12 años, Villalba (Lugo).

Aventuras de Tarugo y Perdigón



Aquella mañana el capitán recibió una carta del adivino de la montaña, diciéndole que adivinó después quiénes habían sido los que le hicieron la faena, y perdonaba al capitán.



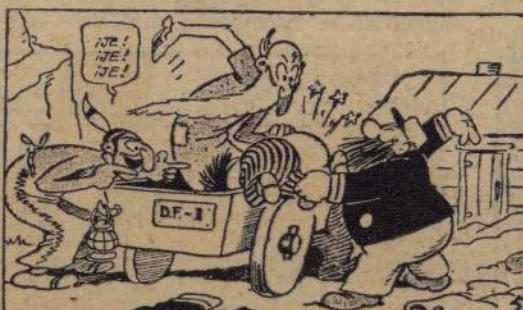
Por mediación de Pluma Lacia, Terre-Moto se apresuró a contestar al adivino, correspondiendo a su saludo y ofreciéndole su casa para todo e invitándole a jugar a las damas.



Así que el adivino recibió la carta, preparó su "Bugatti", y se dispuso a visitar a su nuevo amigo y ofrecerle su gruta, menos a las horas de comer y de merendar, por si acaso.



Lo primero que hizo Terre-Moto fué presentar oficialmente a Tarugo y Perdigón, diciendo: "Estos fueron los burladores. Si le parecen nos entrenaremos un rato con los bribones."



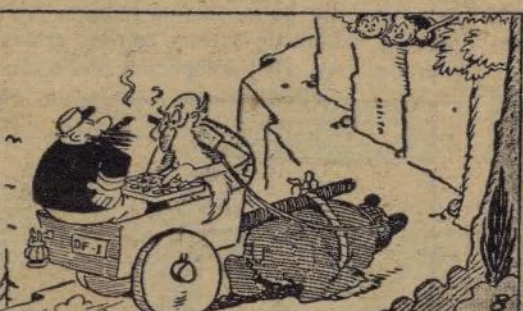
Y dicho y hecho, manos para que os quiero, se liaron a sacudir estopa a Tarugo y compañía, haciéndoles dar unos berridos que se oían a siete leguas a la redonda de la isla.



Jurando venganza huyeron los pilluelos, más quemados que un panecillo largo. "Andad, preciosos, volved por otra"—les dijo Pluma Lacia—. "Así te dé la escarlatina, ladrón".



Y como no se andaban por las ramas, pusieron pronto manos a la obra. "El tío calvorota se acordará de nosotros. ¿Qué calvorota? El adivino, que sólo tiene en la cabeza cuatro pelos jugando al tute."



Los dos amigos subían entre tanto plácidamente abstraídos en el juego. En un recodo del camino, Tarugo y Perdigón esperaban anhelantes a que pasaran junto a ellos.



Y ante el espanto de los hombres, los pilluelos cortaron las amarras que sujetaban al oso al carro. "Y ahora—exclamó Perdigón— ¡buen viaje!" Y, ¡claf!, de un solo tajo cortó la cuerda.



El "Bugatti" emprendió una marcha vertiginosa hacia el abismo, mientras huían Tarugo y Perdigón. Pero, ¡ay!, el osito del carro les perseguía, dispuesto a perjudicarles el físico.



El aterrizaje del adivino y de Terre-Moto fué todo un poema. El carrito se hizo migas, la cabeza del capitán se abolló contra un tronco y el adivino le dejó "grogui" de un bajonazo.



Pero los culpables las iban a pasar "negras". El oso les había cazado, y cuando Terre-Moto se repusiera, aquello iba a ser la guerra europea en cuatro tomos y tres jornadas.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN" ADAPTACIÓN HECHA PARA "JUNIOR"

CAPITULO XXII

La serpiente de anteojos

Pasada la primera impresión se acercaron. Era, en efecto, el cadáver de un hombre momificado. Al lado de la momia se veía uno de esos puñales de un pie de longitud, de lámina serpenteante de finísimo acero que usan los malayos.

—Pero este hombre—dijo el marinero—hará mucho tiempo que murió.

—Probablemente varios lustros. Esta caverna es muy seca, poco alreada y fresquísima; este es el motivo de que el cadáver se haya ido momificando.

Dieron una vuelta por la

gruta para ver si había alguna otra momia, cogieron el puñal, arma preciosa para quienes no tenían más que un hacha y dos cuchillos, y entraron en la segunda caverna; iban a salir ya del corredor, cuando el marinero se detuvo lanzando un grito de angustia.

—¡Aquí, socorro...! ¡Me muérdé!—gritó con ronca voz.

El señor Albani bajó la mirada y palideció de un modo espantoso. Una serpiente, lanzándose por encima de las plantas trepadoras, había clavado sus dientes venenosos en la pierna del desgraciado marinero.

Albani, sin reparar en el tremendo peligro, se preci-

pitó hacia adelante. Había reconocido en aquel reptil a



la terrible "serpiente de anteojos", cuya mordedura a nadie perdona la vida.

El monstruo, viendo aquel nuevo enemigo, dejó al ma-

rinero y se irguió sobre sus anillos, dilatando la enorme garganta. Rápido como el relámpago, Albani extendió el brazo, y de un solo tajo la decapitó. En seguida levantó en sus brazos al pobre Enrique.

Sin perder un momento le tendió en el suelo, le remangó los calzones, rasgó el único pañuelo que poseía y ligó fuertemente la pierna.

Hecho esto, y sin pensar que podía envenenarse, aplicó sus labios a la herida, en el mismo lugar en que se veían dos puntitos sanguinolentos, e hizo una fuerte succión, escupiendo en seguida.

El marinero, medio desvanecido, no parecía ver nada. Pálido como un cadáver,

con los ojos vidriosos, respiraba anhelosamente. No estaba menos pálido el señor Albani, ni menos alterado; pero seguía operando sin perder segundo. No ignoraba que las terribles mordeduras de las "serpientes de anteojos", matan a un hombre en quince minutos.

Tentaba todos los recursos que le sugería la experiencia, pero tenía muy poca confianza en salvar a su compañero. ¡Tan sólo un milagro podía arrebatárselo a la muerte!

Fin del capítulo XXII

El próximo capítulo se titulará:

La muerte de Enrique

PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



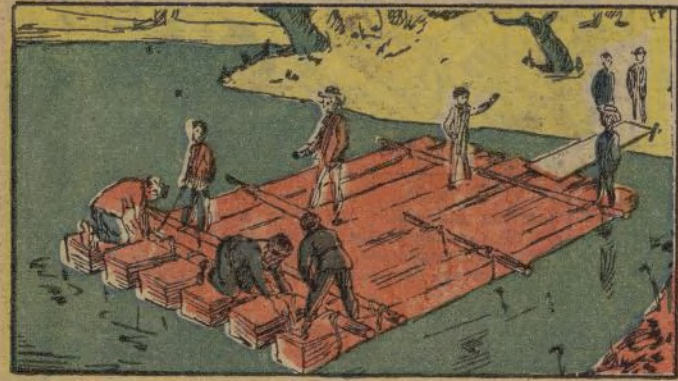
102.—Al siguiente día, mientras los pequeños dormían, los mayores celebraron consejo. Puestos al corriente de las novedades, deliberaron sobre lo que convenía hacer.



104.—Sobre las ramas más bajas de las hayas tendieron una gran vela y llevaron allí las camas, las provisiones, armas, municiones y utensilios de primera necesidad.



106.—El invierno se echaba encima y hubo que sacar los vestidos de abrigo. Una repentina borrasca deshizo por completo el yate, favoreciendo el trabajo de los muchachos.



108.—Comenzó luego la construcción de la balsa. Para ello, echaron mano de las vigas del yate, de la quilla partida en dos, del palo de mesana, del bauprés y de la verga.



103.—Había que trasladarse a la "Cueva del español". Para ello, comenzaron por instalar un campamento provisional en la desembocadura del río, entre los árboles.



105.—La balsa en que habían de transportar todo a la cueva habían de hacerla con los restos del yate. Por tanto, procedieron a su demolición con tesón y orden admirables.



107.—Tirando todos de largas cuerdas y empleando como rodillos maderos redondos, fueron transportando las cosas de más peso a la orilla del río.



109.—Dispusieron y ataron los maderos en la orilla, y en la pleamar empujaron la balsa al río. Medía 30 pies de altura por 15, y la ataron a unos árboles de la orilla.

APRENDIENDO A PINTAR



LA COTORRA SABIA.



I.—Laura dormía aquella tarde soñando que la habían nombrado diputado del Congreso de las cotorras.



II.—Mendrugazo pasó por allí, y, viendo un hueso, se embolsó al instante a por el hallazgo apetitoso.



III.—Y estaba tan contento, que comenzó a mover el rabito, despertando a Laura de improviso.



IV.—Y como el abanico proseguía y Laura no le daba abanico, decidió poner remedio al caso aquel.



V.—"Ese perrito—se decía—tiene una cola que parece un ventilador de quinientos voltios."



VI.—Y como a grandes males, grandes remedios, he aquí lo que ideó Laura para poder dormir tranquila.

LAZARILLO DE TORMES

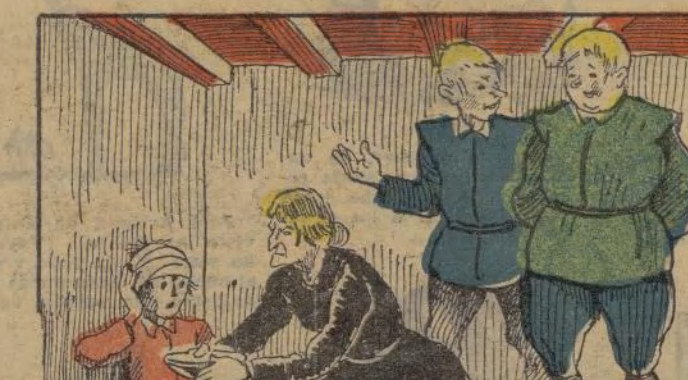
CONTINUACIÓN



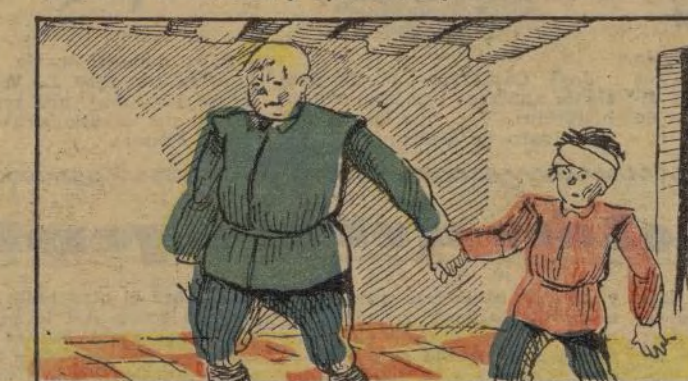
102.—Cuando notó que me había herido y tentó la sangre que se me iba, fué corriendo a buscar luz, y, volviendo con ella, hallóme quejando lastimeramente.



104.—Al cabo de tres días recobré el sentido y me vi echado en mis pajas, la cabeza emplastada y llena de aceites y ungüentos, y luego sospeché todo mi mal.



106.—Volvieron a contar mis cuitas y a reírlos, y yo, pecador de mí, a llorarlos. Diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron remediar.



108.—Al otro día de haberme levantado, mi amo me tomó de la mano y sacóme fuera de la puerta de la casa con gran miramiento...



103.—Y, fijándose en mi boca, vió que de ella salía un hueso. Espantado, la sacó, y, comparándola con la suya, comprendió que había hallado el ratón que le comía su hacienda.



105.—Entró una vieja y comenzó a quitarme trapos de la cabeza y a curarme el garrotazo, y cuando me hallaron vuelto en mi sentido, se alegraron y me confortaron.



107.—Así, poco a poco, a los quince días me levanté, y estuve sin peligro, mas no sin hambre y debilidad.



109.—Y puesto en la calle, díjome: —Desde hoy eres tuyo, y no mío. Busca amo, que yo no quiero tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego.

TERESA



El golfo Malos-Pelos le tenía rabia a Teresa, y se dispuso a "enfriar" aún más las relaciones poco cordiales que reinaban entre ambos.



Pero a Teresa el remojón le sentó peor que si le hubieran hecho cosquillas en los pies con un cepillo, y juró vengarse de la mala faena.



Y con la viveza que era su característica, Teresa se dispuso a tomar inmediata venganza en la persona de Malos-Pelos, que alegre se reía.



Y de pronto, ¡plaf! La castrofe. Malos-Pelos dejó de pronto de reírse. El remojón había sido de los de pronóstico. ¡Teresa se reía ahora!

Para vuestro Album de Historia Natural



COLABORACION INFANTIL



José Vidal, de Arzúa (Coruña) nos remite este retrato de Churruga, admirable de parecido.



Francisco Correcher, de once años, Madrid, nos envía este soberbio dibujo, que nada tiene que envidiar a los aguafuertes de Goya.



José Artigas, de Toledo, ha visto las jirafas... ¡Vaya si las ha visto! Y sin duda creyó que el cuello de éstas puede estirarse como una pastilla de chicle.



Jorge López, de doce años, de Villanueva de Tapiaguiles, es un futuro vanguardista. Su dibujo tiene además la gracia de una ilustración parisina.



José Camarero, de Burgos, siente aficiones por los retratos históricos. Ved qué maravilloso retrato de Velázquez.



Para admiración de propios y extraños, José L. Vidal, de Arzúa (Coruña), nos remite la cabeza del caballo ganador del Gran Premio.

EL PINTOR Y LA CIGÜEÑA



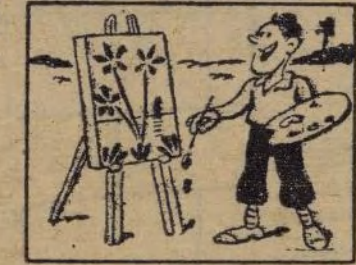
Voy a copiar este paisaje maravilloso. Seguramente me llevará el primer premio en la Exposición. Montaré el caballete.



¡Maldito pajarraco! Me estropeó el único lienzo que traía disponible. ¡Adiós el primer premio! Soy el ser más desgraciado.



¡Oh, qué asombro! El pajarraco hizo con sus patas un precioso dibujo. ¡Las palmeras han salido exactas! ¡Bravo!



Y Anacleto dibujó unas soberbias y airosas palmeras, mientras pensaba: "¡Bendito pajarraco, te debo el primer premio!"



La oración del creyente



CUENTO

Una vez era una mujer, vieja y menesterosa, que vivía en la mayor miseria. Su casa era tan sólo un miserable chozo apoyado contra la casa de su vecino. Aunque la mujer era tan vieja, nunca había oído hablar de Dios, y nadie se preocupó de enseñarle a reverenciarle. Cierta vez hacía ya dos días que no tenía qué comer, y se alimentaba de hierbas. Entonces se dirigió a una pradera, y en el fondo de un torrente vió un grupo de hermosos peces. El fuerte calor había casi dejado seco el arroyo, y los peces apenas podían nadar. Pero su asombro fué enorme cuando oyó que uno de los peces hablaba y decía: "¡Oh, Dios mío! Te rogamos que llueva". Y, efectivamente, al poco rato comenzó a llover, corrió el agua en el arroyo y los peces se alejaron nadando.

Reflexionó la viejecilla sobre el extraño acontecimiento, y se

dijo: También debería yo implorar a ese Señor tan bueno y quizás atendiera mis ruegos; y así que llegó a su misera vivienda, comenzó a implorar hincada de rodillas. "¡Oh, Dios mío! Envíame dinero para comprar comida". Y esta misma



oración la repetía todos los días incesantemente.

Un vecino brutal y de mal genio se quejaba de continuo, maldiciendo de la vieja, pues le molestaban mucho sus ruegos,

y reunió cacharros rotos, los metió en un saco, y cuando la mujer estaba orando se subió al tejado y arrojó el saco desde arriba sobre la pobre vieja, que se desmayó de dolor. Cuando recobró el sentido se alegró mucho al ver el saco, pensando que era el dinero, y dijo: "Gracias, Dios mío. ¿Por qué me envas tanto? ¿No te habrás quedado sin nada para ti?" Abrió luego el saco, y ¡bendito sea el santo Nombre! Todos los cacharros se habían convertido en monedas de oro.

Al día siguiente la visitaron los vecinos, y se juzgó razonable que la anciana viviera en una buena casa, en donde no pudieran entrar los ladrones. Y allí se fué a vivir la viejecita, que siguió mostrándose amable y buena con todos, socorriendo sin cesar a los necesitados. Mas su vecino, el que había dejado caer sobre ella el saco, fué a verla, la contó el caso y la rogó que fuese un día y dejase

caer sobre él otro bulto de cacharros rotos. Así lo prometió ella, y el ambicioso se fué a su casa y sin cesar repetía, puesto de hinojos: "¡Oh, Dios mío! Envíame un saco lleno de monedas de oro!"

Al cabo de cinco días la viejecita llenó un gran saco de cacharros, y conforme se lo ha-



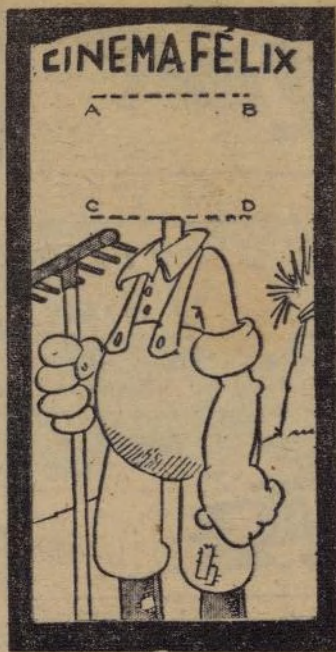
bía rogado, lo dejó caer desde lo alto sobre el avaro, que al rezar sólo pedía con la intención de hacerse rico y no socorrer ni amparar a los pobres. Cayó sobre él el saco, quebrán-

dole dos costillas y una pierna; cuando recobró el sentido se dirigió ansiosamente al saco, y de éste comenzaron a salir ratones, cucarachas y otros bichos repugnantes.

Lleno de ira y avergonzado, el hombre huyó del pueblo, y no ha vuelto a saberse de él. La viejecita creó que aún vive rodeada del cariño de las gentes; pues, además de ser buena y caritativa, no ha dejado jamás de alabar y dar las gracias al Señor que atendió su ruego.

Dios no escucha jamás las súplicas de los ambiciosos y egoístas, como jamás desoye las de los buenos.

En la aldea no se olvidó jamás el suceso, y las gentes ganadas por la fe en el milagro, cuentan la historia con veneración, tratando de inculcar a los pequeñuelos la fe y la confianza en el Señor, para que imiten a la viejecita y no sigan jamás el ejemplo del avaro.



He aquí una silueta curiosa, tomada de una fotografía. El burro, ¿viene andando hacia nosotros? ¿Se aleja? Si nos fijamos bien, puede ser cualquiera de las dos cosas.



He aquí un curioso animal. Es mezcla de pavo y de gallina. Es un caso raro y único en el mundo.

JUEGOS Y DEPORTES



1, 2 y 3. Saltar a caballo sin estribos.—4. La posición.—5, 6 y 7. A tierra sin estribos.—8 y 9. A caballo por el estribo, a la izquierda del jinete.—10. De cara.—11. A la derecha del jinete.—12. De frente.—13. Al paso.—14. Alto.—15. Atrás.—16. Aflojar las riendas.—17. Guía a la derecha.—18. A la izquierda.—19. Al trote lento.—20. Trote levantado.—21. Trote largo.—22. Galope lento.—23. Galope largo.—24. A la carrera.

Don Simplón y Dinamita



La medicina del "ingeniero pecuario" obró un milagro, y Dinamita estaba al día siguiente sano y pimpante.



Para que se restableciese, don Simplón sacó al chuchó a tomar un baño de sol, y a que papase unos cuantos kilos de vitaminas.



"Duerme, monín, mientras yo prosigo mis profundos estudios sobre el cultivo del almidón y su influencia en la metempsicosis..."



Dinamita se durmió beatíficamente. De repente comenzó a soñar que lo freían para hacer una rica paella valenciana.



Y mientras el pobre hombre estaba absorto en sus cálculos, el "amo de la casa" se llegaba a rastras, más cocido que un cangrejo.



Don Simplón lanzó un grito terrible. Aquello ni era perro ni era nada. ¡Era una birra! ¡Se le habían indigestado las vitaminas!!



Queru 2A qu 70
Cambien: tuve en
ad NOTA re. NOTA alham-
bra, soberbia A struc-
aon y 1D LO I cuos
avill D
AGOSTO-S PIE EX
Nevada y un el
i N O: F a po
blacion D 100,000 ha-
bitan T, tin
gran DD
y mod de NO Cambien
FA ble el antiguo
co D Car LO y NOTA
K o dral. 6 to NOTA n

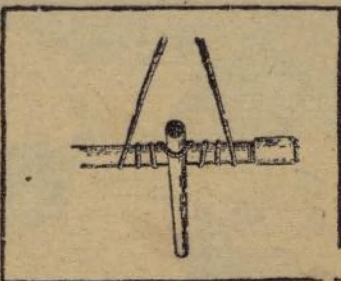
PASATIEMPOS



Una tienda de campaña.—Fácil y cómoda de montar y construir es la que representamos en nuestro grabado. Tiene sobre las demás la gran ventaja de poder montarla en varios segundos y sin emplear estacas ni otros útiles.



¿Dónde está el perro del cazador?

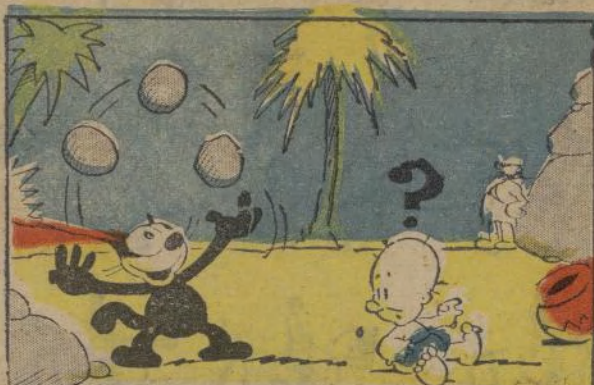


Atornillador práctico.—Cuando se desea destornillar una cañería u otra clase de tubos, es sumamente práctico el procedimiento que representa el dibujo. Se enrolla en el tubo una cuerda, en la forma que podéis ver, y luego se hace palanca con cualquier palo.

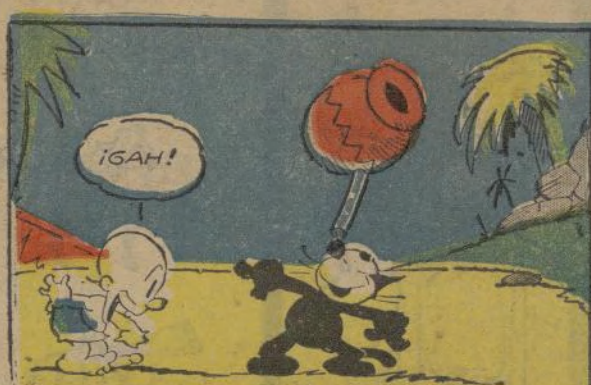
ANDANZAS DEL GATO FELIX



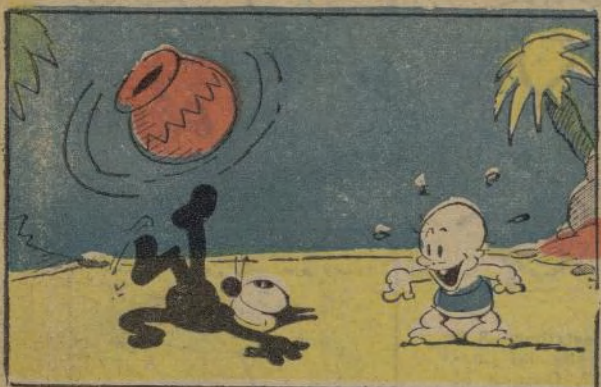
Félix hizo como que se marchaba, en espera de que le llamasen por haber acallado al nene; pero en cuanto dió media vuelta su sandunguera persona, el "primitivito" agarró una "perra" como si le estuvieran rascando la barriguita con un cepillo de raíces.



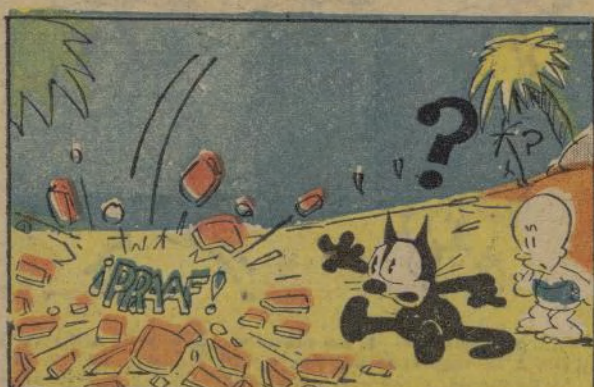
Entonces, y decidido a todo, y más que nada en espera de que, en pago a su buena obra, le diesen albergue, comenzó a distraer al niño esponja, que comenzó a mirarle extrañadísimo de las cosas raras que hacía nuestro simpático gatito aventurero.



—Mucho más difícil todavía—exclamaba Félix haciendo filigranas circenses—. ¡Ja, ja, ja!—coreaba el "primitivito" encantado—. "Ejateló" de "cael" en la "baliga". —Este niño es mucho más bestia de lo que yo pensaba—se decía Félix—. Como te descuides te va a caer a ti en el "torrao".



—¡Ja, ja, ja!—proseguía la primitiva criaturita—. "Tenés" más "gacia" que un itinosaurio. —¿Qué me habrá dicho este animal de niño?—rezongaba el gato—. Si no fuera por lo que es, le pateaba el estómago, por llamarme el tío del saurio. Pero, "por si las moscas", prosiguió.



Y al querer hacer un difícilísimo ejercicio, ¡plaf!, el jarrón se hizo añicos contra el suelo. —Cuando lo vea mi papá—dijo el "primitivito"—, vaya bolea que va a "sacudite". —Cielo santo, amparame—murmuraba el gato—; si me coge el papá de este nene, me pulveriza.



Contrito y desconsolado quedó nuestro aventurero ante los trozos del artefacto. El niño salió en busca de su papá para que le diese a Félix la bolea anunciada. —Ingrato—murmuró el infeliz—, ojalá pegues un tropezón que tardes cinco meses en caer al suelo.



Pero como no podía huir en aquellas tierras desconocidas y llenas de peligros, comenzó a pensar el medio que le permitiera salir airoso de tan difícil situación. —He metido las cuatro patas—pensaba—. Y como la fiera del papá me coja, voy a entrar en barrena.



Su ingenio fecundo le brindó una aparente solución. En un bolsillo del chaleco llevaba casualmente un frasco de cola, y se dispuso a pegar los trozos del jarro. —Si no lo pego, me pega—se dijo—, y no le puedo dar pega, porque me dará el pego, y yo lo pago.



Y plenamente decidido, comenzó su obra constructora. Pero en lontananza acababa de aparecer el salvaje del papá, con un garrote, que, si lo presenta en la fiesta del árbol, le dan un diploma. Además traía una cara como para encontrárselo de noche y echar a orrer.



Media hora llevaba Félix devanándose la tapadera, y el hombre primitivo contemplándole asombrado e intrigadísimo de lo que hacía aquel animalito. —Esto—decía—es más difícil que coger a tiempo un tranvía de la Guindalera. ¡Ay misero de mí! ¡Ay infelice!



Y con gran sorpresa suya oyó una voz a su espalda que parecía el rugido de un rinoceronte constipado, que decía :—Hay que hacerlo bien, amiguito. Aquí está la ficha que buscabas. Y con gran sorpresa de nuestro gato, el andóval de la traca se puso a construir.



Y así estuvo por espacio de dos horas poniendo pieza sobre pieza el hombre de la edad de piedra. Y cuando acabó de poner la final, exclamó: —Esto es más divertido que cazar dinosaurios con liga. Este gato inventor es más grande que Armillita. Félix estaba salvado. Además, ¡había inventado los rompecabezas!